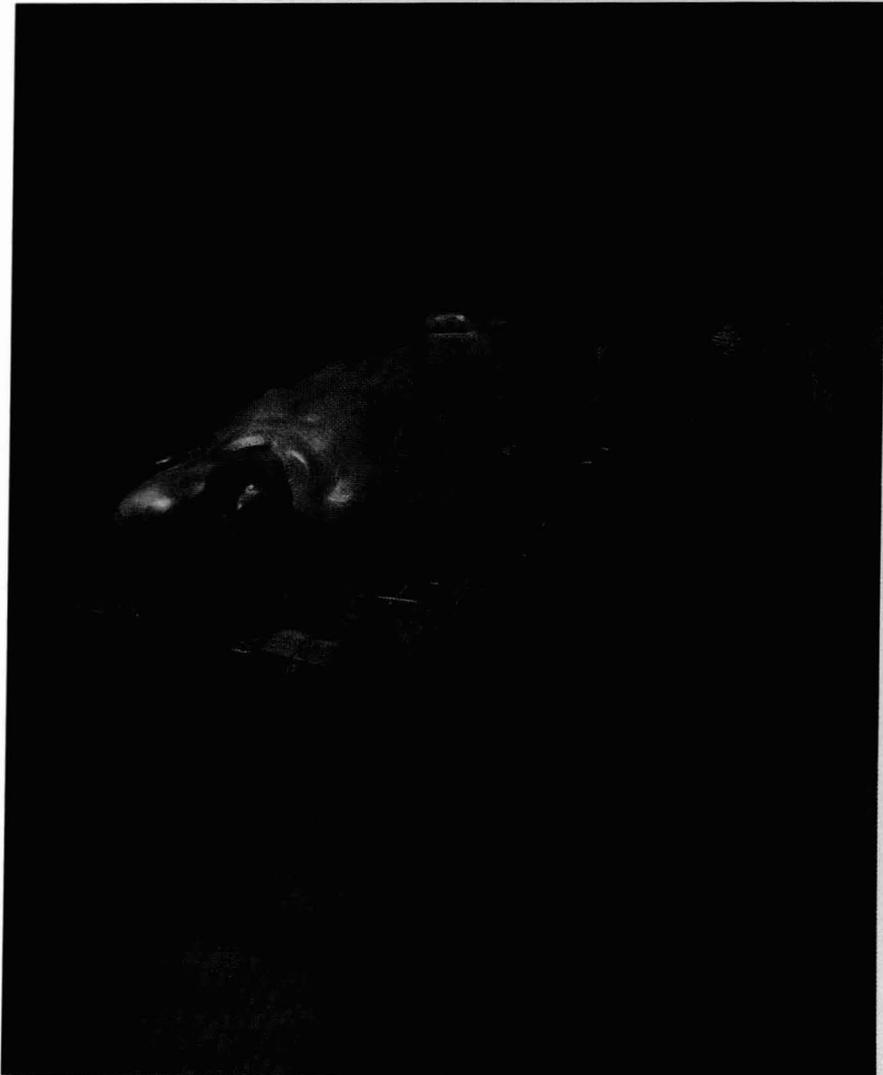
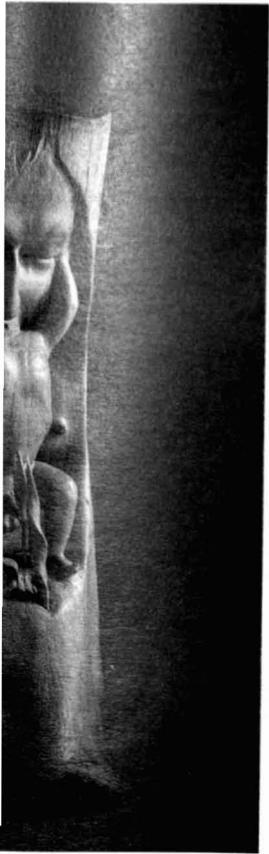


Reynaldo Velázquez: más allá de la escultura

Hay artistas cuya obra no pretende ser otra cosa que un objeto entre los existentes y aquéllos salidos de la mano del hombre, objeto capaz, por sus cualidades formales, de mantenerse y justificar su lugar. En otros, en cambio, la obra y su forma son una propuesta para algo más allá de la obra misma: inquietan, invitan, provocan al espectador a reflexiones y sentimientos, remiten a una realidad fuera del objeto, pero a la que parece sólo poderse acceder por y ante la presencia del objeto. De éstos es Reynaldo Velázquez y esa condición de su obra es más notable en sus esculturas que en su pintura.

Velázquez es —como no pocos escultores— un artista artesano. Trabaja sus

Yacente, 1991, talla en madera
de caoba, 50 x 1.75 x 60 cm
(aprox.)



obras en madera las más veces, pero también en diversas calidades de piedra. Lo hace de una manera extraordinariamente fina. Ésa es, quizá, la primera condición que llama y atrae al espectador. Es desde luego un escultor figurativo y su obra gira alrededor del cuerpo humano. Sorprenderse de la calidad de su talla y de su capacidad de representación no es sino el primer elemental modo de acercarse a ella.

Puesto frente a esos objetos el espectador se ve proyectado a un mundo de sugerencias, de insinuaciones, de situaciones conflictivas o confusas que necesitan tratar de resolver. El objeto y sus propias cualidades son un puente para entrar a otros mundos. Mundos sin duda diferentes para cada quien. Porque, como en toda obra de arte verdadera, cada escultura es diferente para cada observador, pues reclama una lectura personal; y en el caso de las obras-obra de Velázquez esa característica se acentúa notablemente.

Los objetos son polivalentes e invitan a cada uno a seguir, a partir de ahí, sus propios caminos, y también son diversos los recursos del escultor para provocarlo. Si una leyenda puede abarcar el trabajo de Reynaldo Velázquez, ésta sería: "todo lo puede expresar el cuerpo humano". Ese *motto* parece estar en el principio de su desempeño. Pero la manera en que maneja el cuerpo humano suele abarcar muchas posibilidades; en los extremos están, por una parte, un naturalismo refinado, por la otra una tensión o deformación mayúsculas; ambos son recursos para transmitir sentimientos o ideas.

Un hombre de cuerpo entero y tamaño natural, rígido, tendido en un camastro, desnudo, muerto (*Réquiem*), o bien una cabeza rapada, aislada, con la boca semiabierta en el momento de la agonía (*Bautista*) son ejemplos de ese realismo que aparentemente no hace otra cosa que mostrar. El cuidado con que están trabajados el cuerpo y la cabeza son su única defensa, las imágenes no están "cargadas" en ningún sentido. Los títulos, en cambio, sí dirigen y avisan al espectador. El hombre tendido podría estar durmiendo, si no fuera porque el título nos pone en advertencia de que es un cadáver, la cabeza nos sugiere un mundo de cosas cuando sabemos que no es cualquier cabeza aislada, sino la cabeza cercenada de san Juan. Pero más allá de los títulos, no hay ningún otro recurso que las tranquilas figuras, que en ese estatismo se convierten en disparaderos de ideas, asociaciones, comparaciones y reflexiones.

En cambio, en otras ocasiones los cuerpos —las más de las veces masculinos— están en situaciones de acción, a veces extrema. Se trata de posiciones forzadas, si no es que violentas. En no pocas ocasiones los cuerpos están cortados, mutilados, incompletos. Entonces desde el primer momento ponen en guardia al espectador. Lo intrigan, lo llevan a terrenos ambiguos en que busca definiciones. No se trata de la sugestión apenas apuntada de las otras obras, sino de un como jalón, como imposición sobre quien está frente a la obra. En ambos casos el observador entra en conflicto, es llevado a una situación de alteración por la obra, pero a través de maneras diferentes: la pasividad en un caso, la acción violenta en otro. Los dos procederes son complementarios en el trabajo de Reynaldo Velázquez, y los dos remiten al espectador a un mundo más allá del objeto, pero para acceder al cual el objeto es indispensable.

No es posible hablar de Velázquez sin comentar la calidad sensual de su obra. Hay desde luego un primer nivel de sensualidad en la manera de trabajar sus materiales, como acariciados, tiernamente sentidos y pulidos, con un amoroso acabado que invita a tocarlos. Pero la sensualidad se expresa a menudo en los cuerpos, en sus formas, sus acciones. Estamos más allá de la sola sensualidad, en el terreno francamente erótico que envuelve la mayoría de su obra. Si lo erótico es una dimensión de lo humano, su presencia en esta escultura es quizá más que posible, necesaria. La franca sexualidad, siempre refinada y delicada pero ostensible y potente constituye una de sus notas capitales: es su modo de mostrar al ser humano. Nunca está uno seguro si se trata de una extrema ingenuidad o de

una carga con su punta de malignidad; en todo caso ese explícito erotismo, que en la mayoría de las veces se muestra como una sexualidad masculina (*Poema: figa*) y no excepcionalmente homoerótica (*Dulciorque favis*), ha puesto a la obra de Velázquez en entredicho y la ha hecho conocer la censura.

Reynaldo Velázquez, como escultor, está entre aquéllos que más notablemente establecen una suerte de personal diálogo con la materia sobre la cual trabajan. No se trata, en él, de forzar la materia sino de caminar con ella; descubrir sus secretos, aceptar sus condiciones y trabajar sobre lo que la materia pide y demanda. En esa sabiduría de respetar lo que la naturaleza ofrece, en ese ensayarse a sí mismo frente a lo que ésta le ofrece y puede dar —que lo emparenta con la tradición japonesa o con la del México prehispánico, por ejemplo (tradiciones de las que, en otro sentido, está tan lejano)— se encuentra una de las mayores cualidades de este escultor. A veces es la forma ya dada de un tronco la que determina no sólo la posición del cuerpo humano que de él emerge, sino la mutilación de alguna o algunas de sus partes. El pulido y sensual acabado de sus piezas no excluye el gusto por dejar el material visible en ciertas partes, en su condición original. Así un torso de granito (*Residuo*), entre esbozado y roto, con zonas finamente pulidas y otras partes donde el material queda visible en su rugosidad natural, que evoca vagamente algún pedazo ruidoso de una escultura de la Antigüedad Clásica. Este contraste entre lo fino y lo rudo, lo cuidadosamente acabado y lo dejado a su propia suerte se encuentra también en muchas de sus obras en madera.

Nada surge de la nada. Los antecesores de ciertos modos de hacer de nuestro artista no están escondidos. Los tiempos actuales, en donde las posibilidades se extienden en un abanico cada vez más abierto, que incluye la recuperación de cualquier pasado, otorgan el derecho a exponerlo sin disimulos. En Miguel Ángel y también en Rodin (quien a su vez citaba de alguna manera al florentino) está el gusto por lo inconcluso, por el *non finito* y su capacidad expresiva: cómo la forma se desprende de la materia y al hacerlo permite sentir como si se encontrara en ella primigeniamente comprendida y el escultor no fuera sino el mago que la obligara a mostrarse. Y aunque la obra de Velázquez no tiene gusto alguno por lo enfermizo o decadente, sus cuerpos en posiciones insólitas, en movimientos que llegan al linde de lo posible sugieren una personal y cuidadosa lectura de los ritos del *art-nouveau*. De alguna manera toda obra de arte es un resumidero de una historia, más o menos consciente: los caminos de las formas son inescrutables.

Sensualidad, sentido de lo trágico, imaginación desbordada son tres pivotes sobre los que Reynaldo Velázquez construye sus objetos. La sensualidad abierta y festiva, a menudo explícitamente erótica, con no poca carga de humor sutil, socarrón, es una de sus mayores cualidades. A veces la carga dramática o decididamente trágica se impone, aunque quizá nunca sin un dejo de ambigua ironía, en un sentimiento reposado, tranquilo, solemne. La imaginación fantasiosa parece tomar en otras ocasiones un vuelo más autónomo.

Reynaldo Velázquez talla sus piezas con una parsimonia de artesano refinado. Cada uno de sus objetos tiene en el fino pulido la calidad de una joya. La carga sensual que transmiten sus figuras humanas, la presencia de lo trágico, el sentido imaginativo, la dimensión onírica, ciertos desajustes, ciertas relaciones insólitas entre las figuras, conforman un ambiente siempre sorpresivo, fantasioso, que nos remite a un mundo funambulesco y a veces terrible: nos hace enfretarnos a esa otra parte de nosotros a la que accedemos por la fuerza de estas formas.◊